

Los muy pacientes, si no se quejan, es á costa de lo que sufren : los mas desembarazados desengañan á los charlatanes , como lo executó Aristóteles. Despues que sufrió un rato la molestia de un hablador , preguntándole este : ¿ No te parece lo que refero cosa maravillosa ? Le respondió Aristóteles: esa no es la maravilla, sino que quien tiene pies para huirte, tenga sufrimiento para escucharte.

72 Ultimamente , los babladores son principalmente molestos á los enfermos y apesarados. Para los enfermos juzgó Plutarco , que un hablador era mayor molestia , que la misma enfermedad : *Ipsa morbo molestior est.* Lo mismo entiendo respecto de un afligido , pues tiene doliente el ánimo, y consiguientemente poco robusto , para tolerar el desapacible sonido de un maza hablador , que sin hacerse cargo de que ni el apesarado , ni el enfermo están de humor como él para ningun entretenimiento , los muele con su incesante verbosidad , muy satis-

tisfecho de que los alivia , sirviéndolos de diversion.

## REFLEXION V.

*Molestias de los congresos de hombres semidoctos y sabios.*

## §. I.

73 *Rarò sunt homines, quod videntur,* (De rem. utr. Fort. Dialog. 92. lib. 1.) Rara vez , decia el Petrarca , son los hombres lo que aparece á primera vista. Confirma esta verdad la experiencia muchas veces , respecto de todas las partidas que se admiran en los hombres. La mas ligera determinacion de la voluntad corre al rostro un bastidor , que pinta lo que quiere su dueño , mostrando el aspecto que necesita en aquel paso : corre despues la cortina el tiempo , ayudado de los lances que ocurren con el trato humano , y llega á descubrirse , que los hombres rara vez son lo que parecen

No fuera esto mucho, si **no** fuera mas que esto; pues no solo **no** son muchos hombres lo que parecen á primera vista, sino lo contrario que representan, simulando con **artificio** las menzugas, que los deslucen, y afectando con hipocresía las **prendas** de que carecen: pero lo que **engaña** mas es la ignorancia, porque todos **apetecen** ostentar sabiduria, de **suerte**, que no hay teatro de doctos, **en** donde no quieran todos hacer el **papel** de Sabios.

74. La apetencia de ser sabios es tan antigua como los **hombres**; la de parecerlo es mas **moderna**; pero no tanto, que no hubiese **en** siglos muy remotos á quien **aplicar** la sátira de Persio:

*Scire tuum nihil est, nisi te scire hoc sciat  
alter?*

*At pulchrum est digito monstrari, & dici-  
er, hic est.*

Mi dulcísimo **Bernardo** reprehende á aquellos, que **quieren** saber, porque se sepa que **saben**: *Sunt, qui sci-*

*re volunt, ut sciantur ipsi, & hoc vanitas est.* (In Cant. serm. 36.) Vanidad la mas entrañada en el hombre; porque como el entendimiento es su principal distintivo, y lo que coloca sobre todo lo criado, no contento con la superioridad sobre todos los entes, quiere adquirir las luces de las ciencias, para ilustrarse, y sobresalir tambien entre los hombres. Esta vanidad aun en los verdaderamente doctos, es molesta, no solo á los necios, sino á los sabios; mas la presuncion de aquellos semidoctos, que quieren que se entienda que saben, aun sin el coste del estudio, es molestísima para el trato humano. Ni el valiente, ni el cobarde oyen con paciencia, que un hombre tímido quiera acreditar su valentia: ni el galán ni el feo tienen sufrimiento para que un gibado presume de lindo. Siendo, pues, la sabiduria el ornato mas apreciable del alma, no solo por ser verdaderamente mayor preciosidad, que quanto contiene el mundo, sino por ser aia-

ja que enriquece el entendimiento: es forzoso que apropiársela á sí con in-chazon quien no la posee, cause una molestia enfadosísima á quien le oye.

75 Para adquirir este crédito los hombres, han estudiado mas que para saber: mas quieren ser tenidos por sabios, que serlo: mas gustan de imprimir en el vulgo este concepto, que de arribar al mérito con el estudio. La raiz de esta injustísima y vana in-chazon es, que como lo que anhelan solo es la opinion de doctos, buscan camino por donde, sin la fatiga del estudio, se introduzcan en la cumbre de los sabios, Y no se puedé negar que discurren cómodamente, pues pretenden abrir camino llano para ocupar la eminencia, adonde solo llega el hombre con gran sudor y fatiga.

76 Siempre ha usado la vanidad de esta industria; pero ahora han abierto los entendimientos pobres nueva senda: y puesto que los caminos que andaban los cortos de talento, para llegar á mezclarse entre los sabios,

bios, están ya descubiertos, caminaremos solo por esta nueva senda, aunque tropecemos con una temible turba.

## §. II.

77 **M**i Ilustrísimo Caramuél decía, que habia entes de lengua; y si no hubiera muerto en el siglo pasado, hubiera logrado que los entes, que atestiguaban sus oídos, los descubriesen tambien sus ojos. A cada paso tropezamos con quien quiere persuadirnos con la lengua, que es ente de razon, porque hay quienes de todo presumen dar razon solo por la lengua. Digolo por aquellos, que ingratos al clima, á sus padres y patria, se graduan de doctos, porque han adquirido una mediana inteligencia en algun idioma extrangero. Aun les concedo mucho, saber saludar, y algunas frases comunes, y un mal traducir, es el medio con que solicitan asiento en el palacio de la sabiduria. Si saber hablar quatro cosicosas en un

un idioma, basta para acreditarse de doctos, podremos dar la borla de Doctor á un papagayo, que la imposibilidad de entender lo que dice no le ha de rebaxar el mérito de las voces que aprende.

78 Este género de molestia creo que no se padece fuera de España, porque es molestia que precisa á gemir á los paisanos, y hace reir grandemente á los Extrangeros. Da que reir á estos, porque no hay hombre de seso, que no ría quando oye á uno que desatiende el propio idioma, y que usa el extrangero, hinchado con la presuncion, de que le admiran como á hombre sabio, y hace gemir á los paisanos, porque es injuria que llega hasta sus sepulcros. Hacer vanidad de leer un librito, ú otro extrangero, desdeñando nuestros escritos, es agravio de los vivos y los muertos; porque con este desprecio general, que injuria á toda la nacion, se acusan todos nuestros Autores, tanto difuntos, como vivientes.

Quan-

79 Quando oigo á alguno de estos eruditos en embrion, y sabios abortivos de la vanidad, que no se puede ser hombre erudito, si no se sabe tal, ó tal idioma extrangero, que lo que se encuentra en sus impresos no se halla en ningunos otros libros, padezco un enfado y dolor duplicado, ya por la sandéz de quien profiere estas proposiciones, ya por su ingratitud á la cuna que les dieron sus padres. Si fuesen verdaderas estas proposiciones, habriamos de descartar del número de doctos, no solo á un sin número de Autores, sino tambien á casi todos los Santos Padres. Ni los Historiadores, Filósofos y Oradores Griegos, ni los Romanos, merecerían estar en la clase de los eruditos, porque estos, ni leyeron los libros, que estos gradúan por precisos para ser verdaderamente sabios, ni entendieron los idiomas en que están escritos. Segun su opinion, ni fue sabio Sócrates, ni Aristóteles, ni San Agustin: ni debia de ser sabiduria la de Moysés, ni la

la que dió el nombre de **sabio** á Salomon. Contémplese quan **molesto** será uno de estos vanos á **todos** los hombres juiciosos, quando **intenta**, como mas inhumano Caligula, **derribar** innumerables de los que **componen** la República literaria, con **solo** un golpe de la lengua. Caligula deseó ver unidas las cabezas de **los Romanos**, para cortarlas de una vez; pero se necesitaba de espada á **mas** de la voz: estos usan tan necia y vanamente de su voz, que delante del vulgo derriban las mayores cabezas de una vez, sucediendo á los **verdaderamente** sabios lo que advirtió Cornelio Tacito, respecto de los **valerosos**; pues así como de estos dice, que suelen perder la vida á manos **de los** cobardes, los sabios suelen **perder** la fama en la lengua de los **simples**: *Ignavorum sepè telis fortíssimos cadere.*

§. III.  
 80 **L**améntanse tambien con tono magistral del descuido de nuestra Nacion, que no se aplica al conocimiento de las lenguas, y que por eso no se hallan traducidas tantas apreciables obras, como lo executan las naciones extrangeras. Tan repetidas veces he oido estas quejas, que me han impelido á buscar con ansia libros traducidos en nuestro idioma. Tengo algunos en mi poder, porque con estos no quiero mas argumentos que esta demostracion. Son mas de sesenta los Autores Griegos, Latinos, Hebreos y Arabes, sagrados y profanos, que han traducido los Españoles, y traducidos repetidas veces, como San Agustín por Ribadeneyra, Sancho Dávila, y Rozas. Tácito por Don Baltasar de Alamos, Antonio de Herrera, y Sueyro. Homero por Christobal de Mesa, y Gonzalo Perez, Virgilio por ocho, y por dos Escritores otros muchos.

chos. De suerte , que de los Autores antiguos mas famosos , casi todos los tenemos traducidos.

81 Visto esto , las lágrimas que hacen verter á los amantes de su Nación estas lamentaciones necias , hacen prorrumper en risas , que si hay risas , que hacen llorar por desmedidas , tambien hay lágrimas , que hacen reir por extremadas ; y mas quando añaden el consuelo de que se vá enmendando nuestra Nacion de este descuido. Es cierto que nuestro gran Monarca Felipe V. ha franqueado varios palacios , para alentar á la Nacion al aprecio de las letras , erigiendo su gran Biblioteca y varias Academias : incentivo que bastaba para excitar al ingenio mas perezoso ; pero no veo que con este Real aliento se apliquen con mas ardor , que nuestros antecesores sabios , á la traduccion de los libros celebrados en idiomas extranjeros. El Emperador Don Alonso el sabio fue el primero de nuestros Reyes , que queriendo hacer mas aprecia-

ciablé el idioma de los Españoles, mandó traducir la Sagrada Biblia en romance , demostracion del aprecio de nuestra lengua , que hizo empuñar á muchos Españoles la pluma para hacer nuestros los Autores de lengua extraña. Ahora preguntaré yo á cada uno de estos, que *scientiam habet vocis*: ¿ por qué acusan á nuestros antepasados del gran descuido de traducir en nuestra lengua las obras dadas á luz en otro idioma , quando los presentes no exceden en número á aquellos Traductores? Mayormente teniendo actualmente para esto en nuestro Monarca Católico mas poderoso motivo , que los antiguos en el Emperador Don Alonso el Sabio ; pues en la Academia Real , que se ha erigido con su soberana proteccion , está el crisol que ha purificado nuestra lengua, dando nuevos esplendores á nuestro idioma? La respuesta la dará por mí un extranjero Autor , juicioso y sabio: „ ¿ Por qué , pregunta el P. Malebranche *lib. 4. de Inq. ver.*

cap. 7. por qué emplean su vida algunos hombres en leer libros de idiomas extranjeros, sino porque se persuaden, que han de ser muy superiores á los que no entienden esas lenguas? ¿Qué les puede dar fuerzas para un trabajo tan inútil y molesto, sino la esperanza y contemplacion de que han de lograr una vana grandeza, en que han de exceder á los demás? A la verdad consiguen ser tenidos por hombres nada vulgares, de extraña erudicion, gozan elogios grandes, y son oídos con mas gusto, que otros hombres. Esto es lo que acaece. El elogio mayor que ahora se suele dar, es decir: *Fulano es muy leído, entiende tal y tal idioma extranjero.* Hasta aquí llegó el elogio: supónese, que dado por ignorantes del vulgo. En una palabra, como dice el mismo Autor en el cap. 8. del mismo libro: El deseo con que anhelan parecer doctos, no solo los vuelve necios, sino que parece que les trabuca el juicio:

De-

*Desiderium illud, quo docti videri cupiunt, ipsos non modo ignoras facit, sed mentem ipsis evertere videtur.*

## §. IV.

82 Antes de declarar lo molestos que son para el trato humano estos nuevos semidoctos, debo suponer, que los Extranjeros han escrito, y escriben libros muy doctrinales, copiosísimos de erudiciones, que en sus tratados se controvierten asuntos de mucha curiosidad, que hay Autores de muy delicada y perfecta crisis: motivos todos para hacerse muy estimables todos sus libros; pero juzgar que no puede haber hombre, que luzca en una y muchas facultades, si no se ha labrado sabio con la lectura de tal ó tal idioma extranjero, solo cabe en sugetos de una erudicion aparente y mas abundando, como abunda España, de libros de Alemanes, Italianos y Franceses, escritos en idioma latino: de manera, que es ra-

risimo el Autor famoso, de Nacion extran-  
gera, que no se haya dado á luz  
en este idioma: de donde se deduce,  
que los Autores dados á luz en esta  
lengua, bastan en qualesquiera facul-  
tades á hacer á los hombres eminen-  
tes. Nada añado á la opinion de un  
sabio como Luis Vives.

83 Así (como suponemos lo dicho)  
no queremos dexar en silencio, que  
sola la inteligencia de los idiomas, es  
ornamento y circunstancia, que puede  
adelantar para todas las ciencias; y  
que los sabios en qualquiera facultad,  
vistos los Autores principales en Cas-  
tellano y Latin, si es Español, hará  
muy bien, y se hará hombre mas  
exôrnado de erudicion, si maneja los  
Autores extrangeros, que han escrito  
sobre tan diversos asuntos: mas esto  
viene bien, quando en el estudioso hay  
dilatado terreno, donde se puedan  
sembrar nuevas especies, por la capa-  
cidad de su discurso: y no hablamos  
aquí de estos, sino de los que no te-  
niendo aun noticia de los Autores,  
que

que han ilustrado á España, ni inte-  
ligencia perfecta de otro idioma, pu-  
dieran instruirse con nuestros Auto-  
res, en mucho menos tiempo, que  
el que desperdician en leer un peque-  
ño libro, recurriendo repetidas veces  
á los Dictionarios, sin mas causa, que  
una vanidad hueca, nada cimentada,  
de que alguno de su calaña diga, que  
entiende tal y tal idioma, y que está  
muy versado en su lectura. ¡Presun-  
cion vana! de que Malebranche hace  
burla: *Ita libros dumtaxat, qui, sine  
Dictionario intelligi nequeunt, legere dum  
eadem in libris facilioribus intellectu edis-  
ci possunt, ridiculum est.* (Ubi sup. cap.  
10)

84 A todos son molestos los se-  
midoctos, pero principalmente á los  
sabios. Son molestos á todos, porque  
la presuncion con que hablan, el des-  
vanecimiento que ostentan, ofende á  
quantos escuchan. La hinchazon de  
quien comunica á las gentes con so-  
berbia vanidad, es una partida que  
hace insociables á los hombres. Por



eso cantó Eurípides : (in Glauc.)  
*Quicumque civium vir arrogans fuerit,*  
*Is nec amicis, nec toti Civitati fami-*  
*sup liarem se præbet.*  
 ¿Quánto mas ofensivo será quien habla lleno de presuncion, careciendo de las partidas que cimentan, aunque injustamente, la vanidad? Por esta circunstancia, ya son mas molestos á los sabios, porque descubren mas la falta de fundamento: pero hay otras muchas, que trabajan el sufrimiento de los doctos. Muévase en una conversacion una especie perteneciente á una facultad; y uno de estos semi-sabios, que ha visto alguna cosita en uno de sus libros, que por coincidencia tocan muy de paso el asunto, se introduce como Exâminador del que será muy Maestro en la facultad, propónele como objecion la especie, pareciéndole, que no ha de saber lo que él sabe. Darále el sabio satisfaccion, desatándole toda su dificultad: y él, por no entender la respuesta, como sucede muchas veces á quien

no está instruido, ni en los principios de las facultades: ó porque será de genio procaz, y osado, repite instancias, haciendo ademanes de que no queda satisfecho: con esto, los ignorantes, que concurren, preocupados de que este entiende un idioma extranjero, quedan celebrando á este ignorante presumido, y suponiendo que el sabio en su facultad no estaba en la especie que se le propuso como objecion. Fulano, dicen, es grande ingenio, y aunque Zutano es hombre docto; pero no ha visto los libros modernos, que este: tiene fuertes argumentos y los confunde. Esta es la iniqua sentencia, que suele dar la mayor parte de los concurrentes; porque en los concursos suele componerse de ignorantes la mayor parte.

85 Dos molestias dan en esto los semi-doctos á los sabios de un golpe: la primera, litigar con quien se puede llamar, respecto de aquella facultad, ignorante: y la segunda,

ver en los gestos de los que escuchan, que la preocupacion de que es hombre, extrañamente literato, el que hace la instancia, los inclina á dar en su favor iniquamente la sentencia. Siempre ha sido para mí molestia indecible oír dificultar á estos sabios superficiales: de modo, que huyo de congresos, en donde suele asistir alguno de estos procaces presumidos. Acuerdome, que hablando yo con un doctísimo Jesuita, sobre que sistemas Filosóficos conducen mas para la explicacion de algunos naturales efectos, se introduxo uno, que profesaba facultad, que no tiene con la Filosofia conexión alguna, echando por tierra á Aristoteles, y confundiendo (queriendo sublimarlos) á Gasendo, y á Descartes, nada le satisfacía; antes bien se encaramaba: yo viendo, que servia poco el hablar, me ladeé á enmudecer, y oír: él molestó al sabio Jesuita tanto, que hubo de apelar á toda su prudencia, para apagar el incendio de la

dis-

disputa. La distancia que habia de uno á otro, sobre el punto que se ventilaba es, que el Jesuita estaba muy puesto en la doctrina de todos estos Filósofos, y el que le impugnaba solo tenia noticia de ellos, por haberlos visto citados muy de paso.

86 A infinitos oigo hablar sobre opiniones de Autores, que no han visto, especialmente de la Filosofia, que llaman moderna, disputando como Gasendistas, y Cartesianos, los que ni han visto por las cubiertas á Descartes, ni Gasendo: pero su audacia suple quanto falta á su noticia. Sugetos hay, cuyo estudio se cifra en leer uno, ú otro libro, poniendo toda eficacia en mantener en su memoria los títulos de los asuntos que tratan los Autores, si los ventilan por discursos, disertaciones, ó capítulos, por poder hablar de muchas facultades, y valerse de esta cortísima noticia para acreditarse quando ocurre alguna disputa, y molestar, moviendo especies, á los sabios, que no estudian

es-

estas vanidades: sucediendo más de dos veces, desacreditarlos en los corrillos, porque confiesan que no han visto los Autores, que el necio presuntuoso cita: en cuya ocasión, con la seguridad de que el que le puede contradecir, no ha visto aquel Autor desatina quanto quiere, embobando á los candidos que concurren. Bien sé que los sabios prudentes se desvían de litigios con vanos audaces: pero no siempre se pueden huir estas ocasiones, ya por ser estos sugetos de autoridad superior, ya por ser profesores de otra facultad; y aqui llegamos á la molestia, que se dan los sabios unos á otros.

## §. V.

87 **E**L docto Médico molesta al sabio Teólogo: el Escriturario molesta al Jurisconsulto. Quando el Médico se pone á disputar con el Teólogo sobre un punto, en que es nada lo que sabe el Médico, res-

pecto de lo que sabe el Teólogo, es impertinencia querer molestarle con presuncion: lo mismo digo de los sabios de qualquiera otra facultad. Un Jurisconsulto, supongo de talento, práctica, y estudio, que solo de estos hablo, sabrá mucho mas en su facultad de Jurisprudencia, que el Médico, que sea doctissimo en Medicina; aunque este, por inclinacion, se haya aplicado al estudio de la Jurisprudencia: quando le parezca que sabe mucho respecto del Jurisconsulto será poco, porque hay gravissima diferencia del estudiar una facultad el que toda su vida está dedicado á aquella profesion, al que entregado principalmente á su profesion, se instruye por genio, y gusto en otra facultad. Para no ser molestos, es preciso que quando dispute un Jurisconsulto con un Teólogo de profesion, le proponga su dificultad, no como quien quiere convencerle, sino como quien desea instruirse. Lo contrario es molestia, que llega á herir la

voluntad, y termina en desazon: porque es naturalísimo mirar como presuntuoso, á quien se introduce á controvertir dificultades como Maestro con quien lo es de la facultad sobre que se pregunta, siendo extranjero en ella el que dificulta. Ofende la respiracion de quien habla con este ayre de vanidad: y los efectos de estas ciencias, que entumescen, producen, como notó Santo Thomás, las disensiones: *Scientia sine charitate inflat, & per consequens dissensiones facit.* (2. 2. q. 188. art. 5. ad 2.)

88 Han dado los hombres en querer saber todas las facultades; y lo que mas admira es, que los que ignoran, que para cada una de las facultades es corta la vida de un hombre, quíeran hacerse Maestros de los que lo son en las suyas, como si no fuesen para ellos extranjeras. No son pocos los que estiman mas acreditarse noticiosos en la facultad extraña, que en la propia. El Juris-

consulto estudia Medicina, el Médico Escritura. Mas glorioso queda un Médico quando cita un texto de la Biblia, que quando saca á un enfermo de la cama; y mas arrogante se desvanece el Jurisconsulto, quando ostenta que ha visto á Tocci, ó Baglivo, que quando vence un grave pleyto. El incentivo, para aplicarse á ciencias extrañas, es una vanidad nada escondida. Quien se ostenta científico en Medicina, siendo su profesion la Jurisprudencia, persuade con primor silencioso, que si es tan habil en la facultad extraña, que lo será mas en la propia, en que trabaja principalmente toda su vida. Estos tambien son los que *scire volunt, ut sciantur ipsi*, y lo logran en parte; porque no falta quien al oír que el Médico cita Escritura, y el Teólogo parla de Medicina, se desate en alabanzas, y pasmos, ponderando la extensa capacidad de sus talentos. Este hombre es ingenio grande, dicen, hablando del Teólogo: sabe mas que

que todos los Médicos, le tiemblan todos, porque los confunde con sus argumentos. Los mismos elogios respectivos dan á los otros.

89 No es esto condenar absolutamente á todos los que adquieren noticia de otras facultades. Hay talentos tan sublimes, que no caben en la esfera de una facultad sola, y se dilatan á otras para desahogo de su comprehension extensa. Hay entendimientos de tan activa inteligencia, que necesitan de mucho pábulo, porque digieren mucho; al contrario de aquellos, de quienes dice mi Bernardo, que se indigestan, por no poder digerir todo lo que estudian. Pero de los ingenios de esta extension es el numero tan corto, como el de los talentos de cortedad extenso.

90 Tampoco acusamos, que se instruyan y exórnen con especies de diversas ciencias los que profesan alguna; antes bien juzgamos casi imposible, que sea perfectamente docto en una profesion, quien no tiene no-

ticia alguna de otra facultad; porque no ignoramos, que las ciencias son como los elementos, que unos á otros se agitan, y unos y otros se enlazan; lo que no aprobamos, es el estudio, que tiene por fin esta vanidad, y produce mil desazones entre los sabios, molestándose unos á otros; pues si no hay cosa, en que se ceda menos, que en lo perteneciente al ingenio, quanta mayor violencia padecerá el Profesor de una facultad, quando quiere convencerle y deslucirle el que no es maestro de su profesion.

## §. VI.

91 **T**odo este género de disputas mas son aborto de la vanidad, que parto del estudio, porque todo lo dicho es efecto del deseo de acreditarse sabios, y quien hace estos alardes de su sabiduria, muestra bien claramente, que está entumecido con el ayre hueco de aquella

ciencia, que reprehende San Pablo. Hinchá esta ciencia, y el sabio que está engreído ó ha de respirar como vano, ó ha de reventar como lleno. Por eso se introducen en disputas, que sirven de conducto para desahogar francamente este viento, que molesta á los juiciosos, mas que un ayre elador en lo recio del invierno: y algunos de estos sabios huecos, para molestar, no necesitan de ostentar vanamente su estudio en las conversaciones, cansan y enfadan solo con dexarse ver de los circunstantes. Su gesto ya es ofensivo: usan de todos sus musculos para hacerse expectables en los corrillos, ya inclinando la cabeza á un lado y otro, ya haciendo los sorprendidos, ya mostrando, que ni han oído lo que se ha hablado, ya levantando los ojos, ya hinchando los carrillos y soplando de rato en rato. Así estos, como aquellos, de quienes refieren algunos simples, que están tan entregados al estudio, y tan embebi-

dos, quando registran un libro, que ni oyen aunque los llamen, ni advierten lances ruidosos y extraños, que ocurren, causan molestia y á mí me excitan una desazonada risa; porque todo esto es trampantojo para robar la admiracion del vulgo.

92 De un sugeto, á la verdad muy estudioso, oí ponderar su aplicacion, diciendo, que en ocasion que se quemaba su casa, entraron los criados á avisarle, llenos de susto y afliccion y que él estaba tan calado en el libro, que registraba, que ni se movió, ni oyó lo que se le decía: y que diciendo uno de los sirvientes una voz impropia de nuestro idioma entre los gritos y confusion de la quema, la corrigió, gritando desde su Estudio: Necio, ese no es termino castizo; lo que muestra claramente, quanto afectan algunos estàs extrañas demostraciones de sabios.

93 Nunca creo estas extravagancias, ni me mueven á otro afecto,

que al enfado y la risa, por contemplar que son una afectacion vana, nacida de soberbia, aunque se vean en sugetos de gran talento y de mucho estudio. Si fue verdad lo que refiere Hipócrates á Damageto de Demócrito en una de las Cartas, que andan impresas en sus obras, me reiré del mismo, que de todo reia, aunque le creo sabio, como lo afirman muchos Autores con ponderaciones de Demócrito. Referiré el suceso, y copiaré á Demócrito, como le pinta Hipócrates. Quando fué este llamado de los Abderitas á curar á Demócrito, que juzgaron habia perdido el juicio, le conduxeron á Hipócrates á una altura, desde donde se descubria Demócrito, y su habitacion, que estaba fuera de la Ciudad: apenas le acecharon, se detuvieron, y Hipócrates, que deseaba hacer juicio de su locura, estaba atento á quanto executaba. ¿Y qué hacia Demócrito? Estaba sentado sobre una piedra debaxo de un árbol, tenia sobre

sup

e H

bre

bre las rodillas un libro, otros en el suelo á un lado, y varios animales, de quienes habia hecho diseccion á otro. Escribia un poco; cesaba, y se ponía en ademán, que mostrase que discurría. Levantábase, paseaba, registraba las entrañas de los animales, y volvía á colocarse en su asiento como antecedentemente. De quando en quando movía la cabeza con denuedo. Estos ademanes en un hombre de barba prolongada, de palido aspecto, y los pies descalzos, ya se ve que refiratan á los que pinta el vulgo como Filósofos. Pero he aqui, que los que acompañaban á Hipócrates, lamentandose de la demencia de Demócrito, le decian con voces mezcladas en llanto: No veis, Hipócrates, qué vida pasa: ni sabe lo que quiere ni lo que executa. Oyendo esto Demócrito, echó á reir con tanta fuerza, que sonaban sus carcaxas: y esto es lo que me hace á mi reir de su risa y mofar de su mofa, porque todo esto supone, que él veía á los que le miraban, y oía á los que le

H 3

oian.